



VIII Centenario del Cántico de las Criaturas

LOADO SEAS MI SEÑOR Celebraciones en torno al Cántico INTRODUCCIÓN

1. CREANDO AMBIENTE

«Celebramos el centenario de un texto que es, ciertamente, un poema, pero ante todo es una oración. Las palabras iniciales no dejan lugar a dudas: Francisco se dirige al «Altísimo, Omnipotente, Buen Señor». Debemos leer este texto con espíritu orante para comprenderlo, para llegar a su profundidad y esencia. Por eso, os invitamos a que os unáis a la oración de Francisco desde la fe, que se expresa en esta oración y en la acción de gracias».

Comenzamos este momento con la invocación:

«Altísimo, Omnipotente, Buen Señor», te rogamos: abre nuestros ojos a una mirada de fe que en Cristo sepa reconocer la significación de tu presencia en el cosmos y en la historia. Amén.»

2. EL ENCUADRE DEL TEXTO

La primera y la última estrofa no solo inician y cierran, sino que enmarcan el *Cántico*, incluyendo el *letí motiv* del poema, resumiendo todo su contenido. En sí mismas contienen las “Alabanzas a Dios altísimo” (*Tú eres el bien...*).

Podemos llamarlas *obertura* y *coda* final, como en las composiciones musicales. Al igual que en dichas composiciones, ambas partes constituyen su síntesis: en un caso, a modo de anticipo; en el otro, recogiendo su contenido. En ambos, es como si nos entregaran su esencia.



Señalamos algunas pinceladas para acercarnos a su sentido.

2.1. Obertura

Como acabamos de decir, toda obertura musical -y el Cántico se hizo para ser cantado-, es una declaración de intenciones de lo que está por venir. El prólogo, la obertura, anuncia, prepara, calienta ánimos, centra el espíritu del interlocutor.

Así nos sitúa Francisco, aquí nos quiere poner, junto a él, con sus mismas palabras:

*Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda
bendición*

*A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.*

Al situarnos así, dirige nuestra atención, la mirada, a lo alto, a lo profundo, al más allá de sí (*éxtasis*). Señala a Aquél que es enteramente Tú, el completamente bueno. Incorporados a este movimiento interior, a este éxodo, se despierta lo mejor de nosotros mismos, y nos pone -juglares de Dios- a cantar, a danzar, a bendecir.

Además, esta mirada a este Tú, por la invocación y la alabanza que nos despierta, nos dice quiénes somos. Con frecuencia, constatar las diferencias es el camino de encontrar la propia identidad. Francisco aquí nos dice algo evidente que no recordamos siempre: no somos Dios, no somos ni altísimos ni omnipotentes ni completamente buenos, y por tanto: que nos descentremos de nosotros mismos. “Dios es, y eso basta, alégrate, celebra”.

“Ningún hombre es digno de hacer de Ti mención” ¿Qué se nos dice en realidad? Porque aquí, y en tantos otros lugares, Francisco no hace otra cosa que nombrarle (cf. ¡Cel 115).

“Ningún ser humano es digno de hacer de Ti mención”:

- Así se expresa quien ha conocido a Dios, altísimo y



VIII Centenario del Cántico de las Criaturas

bondadoso, y quien se conoce a sí mismo a su luz (humilde, pequeño, pobre...)

- Así canta la persona liberada que ha puesto en el Señor toda su confianza y no tiene qué temer.
- Así anuncia el ser humano reconciliado consigo mismo y con todas las criaturas.
- Así musita, -asombrado, tembloroso, agradecido-, quien se sabe interpelado por la Palabra misma de Dios, Jesús.
- Así proclama, en definitiva, quien sabe que todo es gracia, todo; y Dios, la fuente de todo don. *Dios mío y todas las cosas.*

Ningún ser humano es digno de nombrarte. Y poder nombrarle (benedicir, alabar, adorar...) es siempre inaudito y sorprendente. Nunca somos dignos: Dios, su nombre, la relación con El, no son un derecho, no nos corresponden porque sí: Él nos regala conocer su nombre. Resultado de esta experiencia: la vida es algo increíblemente hermoso.

2.2. Coda final

Francisco concluye el Cántico con apenas dos versos:

*Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.*

En estas breves palabras recapitula todo lo anterior y, a la vez, deja el poema abierto a la vida, a la historia. Si la obertura prepara, anticipa, da pistas para el camino a recorrer, esta "conclusión", que llamamos "coda final", resume el camino recorrido en el Cántico.

Nos fijamos brevemente en algunos aspectos.

- En primer lugar, ¿cuál es el sujeto de estos verbos *load, bendecir, agradecer, servir*? Según miremos, caben varias respuestas, todas válidas y además complementarias: todas las criaturas, las criaturas nombradas en el Cántico, todos los hombre y mujeres, aquellos que mueren haciendo la voluntad de Dios...

Preguntármolo no es nada obvio. Porque la respuesta nos sitúa en la verdad de la Creación, también por consiguiente la nuestra. La respuesta

nos sitúa en el corazón mismo de Dios comunión de amor, y su designio salvador. La respuesta nos habla de que todo tiene un sentido. La respuesta nos dice que nuestra libertad descansa en la alabanza, en la restitución, en el servicio humilde. La respuesta nos dice: pobres, hermanos, de todos, con todos.

- En segundo lugar, nos fijamos en el *contenido* de los verbos, ¿qué tipo de acciones implican? Alabar, bendecir, agradecer, servir... se hace en la oración y en la vida cotidiana, son actitudes vitales y expresan en la práctica en qué Dios creemos, con qué Dios nos relacionamos, qué Evangelio se nos ha hecho buena noticia y nos moviliza.

Por otra parte, los verbos, tal y como están expresados, en tanto que imperativos, señalan al presente y al futuro. Marcan camino. El itinerario recorrido estrofa a estrofa en el Cántico -pues lo es- no se detiene, continúa. Estos verbos nos dan claves de la experiencia cristiana de Francisco que ojalá sea también la nuestra.

- Por último, es Francisco, el hermano, el *poverello*, el *estigmatizado*, quien al final de su vida canta así. En estas palabras, que podríamos considerar parte de su testamento espiritual, podría sintetizarse su vocación y su misión, y con la suya, la nuestra.

* * *

Lo iremos profundizando: "el *Cántico* está lleno de júbilo pascual. En la carne de Francisco, enferma, débil, casi descompuesta y marcada con las llagas, se manifiesta como un reflejo de Cristo resucitado y se trasluce la fuerza de aquel que dijo: «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33)."

